

El Instituto hace cien años: algo de su vida cotidiana

ALFONSO SÁNCHEZ ARTECHE

UN COLECCIONISTA DE RECUERDOS

En mayo de 1947 vio la primera luz el más antiguo de los periódicos que aún circulan en esta ciudad, un *Diario de Toluca* que al poco tiempo cambió de nombre para convertirse en el actual *Sol de Toluca*. El entonces gerente de la publicación tuvo el acierto de llamar a don Ramón Pérez, catedrático de Francés, Historia Universal e Historia de la Cultura, para colaborar en la sección de amenidades con una columna de "Horóscopos" y un "Consultorio Sentimental". Don Ramón, conocido por sus alumnos como "Mesié Péguez", luego de algunos meses de improductivos esfuerzos por entretener a los lectores, consideró que sería más atractivo y provechoso hacerse cargo de una Sección Dominical en la que se proponía "hacer evocaciones al glorioso pasado de esta tranquila ciudad de provincia". Así fue como, en noviembre de ese año empezó a conformarse una de las fuentes hemerográficas más valiosas para reconstruir el ambiente urbano de Toluca durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX.

Cuando "Mesié Péguez" emprendió el rescate de una memoria en grave riesgo de extinción, aún vivía una pequeña parte de los actores —protagonistas o simples testigos— de la época en que fue gobernador el general José Vicente Villada, así es que convenció a algunos de ellos para que pusieran por escrito sus recuerdos, mientras que él mismo se daba a la tarea de entrevistar "a una multitud de personas, ancianas en su mayoría, que de buena gana no solamente se prestaron a darme los informes que les pedía, sino que también abrieron sus viejos roperos para obsequiarme con amarillentos programas, invitaciones, recortes de viejos periódicos, semiborradas fotografías y hasta llegué a tener en mis manos, viejas cartas de amor". De este modo, se aventuró por caminos de crónica tradicional que hoy vuelven a gozar de prestigio gracias a corrientes de investigación como Historia Oral, Historia de



Vida Cotidiana y hasta Historia de Mentalidades. Pero, ¿quién era este gambusino de memorias que, firmando sus artículos con el seudónimo RAPE, tanto interés manifestaba por el pasado de nuestra ciudad?

GRIEGO, SEFARDITA Y... TOLUQUEÑO

Ramón Pérez había nacido en Salónica, Grecia, el primer día de mayo de 1895, dentro de una familia de judíos sefarditas cuyos ancestros habían sido expulsados de España, cuatro siglos atrás, por los Reyes Católicos. Según él mismo refirió al fino prosista Rodolfo García, después de estudiar en un colegio francés, tuvo que abandonar su lugar de origen, durante la Primera Guerra Mundial, para refugiarse primeramente en Nueva York. Luego recorrió, como agente de una firma estadounidense, diversos países de Centroamérica hasta que, alentado para venir a México, decidió establecerse en Toluca como profesor del Instituto Científico y Literario, aunque más tarde se integró también a las plantas docentes de las dos normales y de la Secundaria Uno.

Al hacerse cargo de la Sección Dominical de *El Sol de Toluca*, la edad de RAPE rebasaba el medio siglo; sin embargo sostuvo ese espacio durante más de seis años, hasta que en diciembre de 1954 el doctor Enrique Robiou logró convencerle de trasladar su alacena de curiosidades históricas a las páginas del naciente *Heraldo de Toluca*, donde la hizo prevalecer hasta enero de 1956. Sin embargo, aún desaparecida la sección, RAPE persistió en publicar sus hallazgos por dos décadas más, hasta el momento de su muerte. Parte considerable de sus artículos fueron recopilados y editados por el maestro José Yurrieta en sendas obras: *Toluca anecdótico* (Cuadernos del Estado de México, 1970) y *Estampas toluqueñas* (Dirección General de Hacienda, 1974). Entre los colaboradores más asiduos de la Sección Dominical, destaca Jesús Brodiaga (seudónimo del gran intelectual y dirigente político Gustavo G. Velázquez), del que Mario Colín recuperó una buena cantidad de colaboraciones para editarlas en dos tomos, dentro de la Biblioteca Enciclopédica del Estado de México (*Toluca de Ayer*, 1972). Leopoldo Zíncúnegui Tercero reunió sus textos en *Toluca la bella! "Toluca en mis recuerdos"* (e. a., 1971); sin embargo, quedan pendientes de recuperación los "Retablos del Valle" firmados por Brodiaga, "Toluca de mis recuerdos" por Margarita Isabel (muy probablemente la profesora Sofía Arias), así como las series "Nuestros poetas" y "Musa Provinciana" (en un principio a cargo del licenciado Ignacio Medina Ramos y más tarde del entonces joven Gonzalo Pérez, con el seudónimo Giovannino Penta).

MAESTROS Y COMPAÑEROS DEL INSTITUTO

Muchos de los escritos de "Mesíé Péguéz" estaban relacionados con el Instituto Literario del Estado de México, del que fue catedrático por más de treinta y cinco años. No obstante lo dicho, puesto que él llegó a Toluca cuando finalizaba la fase armada de la Revolución, sus informes sobre la época de Villada eran, necesariamente, de segunda mano. Pero entre sus colaboradores había antiguos alumnos y maestros del colegio, que aportaron testimonios inestimables para lograr un acercamiento a la vida cotidiana de la institución. Sin menospreciar al poeta Heriberto Enríquez o al doctor Fernando Ocaranza, uno de los más autorizados para rememorar esa época era sin duda el licenciado José Remedios Colón, responsable de dos interesantes columnas, que aparecieron en ambos diarios locales: "Mis maestros del



Ramón Pérez.



José Remedios.

Instituto” y “Mis compañeros del Instituto”.

Procedente de Nextlalpan, distrito de Zumpango, donde debe haber nacido hacia 1880, José Remedios ingresó en 1890 a la Normal Anexa al Instituto, encomendada al abogado y pedagogo de Tlalnepantla, don Agustín González. Concluida su formación de dos años, en 1894 Colón obtuvo empleo como ayudante en la escuela “Pestalozzi” que dirigía el prefecto institutense Camilo Islas García. Dado que le quedaban algunas horas libres, José Remedios se inscribió para dos materias de la Preparatoria y así la fue cursando penosamente, de manera que para 1898 ya estaba en el tercer grado y al iniciarse el siglo XX logró concluir la carrera de abogado. Con el paso de los años llegó a ocupar cargos de importancia dentro de los poderes Judicial y Legislativo de la entidad. Era septuagenario cuando RAPE lo persuadió de publicar, en la Sección Dominical, algunos apuntes acerca de sus viejos maestros y condiscípulos. Ambos cultivaban una firme amistad desde que se conocieron en curiosas circunstancias, cuando el juez Colón citó a “Mesié Péguez” para que declarase sobre la falsa acusación, hecha por un bromista, que ponía al inmigrante en riesgo de ser expulsado del país por supuestas expresiones políticas contra el entonces Presidente Calles.

Los recuerdos de Colón sobre la vida cotidiana del Instituto en tiempos del general Villada resultan hoy de significativa importancia, aún tomando en cuenta la advertencia del historiador francés Jean-Claude Caron, acerca de que “esos hermosos textos reflejan sobre todo la afirmación de una mirada sobre el presente, y aun sobre el futuro, en mayor medida que una visión objetiva de un pasado en muchos casos mitificado. Y a ello cabe añadir la obligada selección llevada a cabo por el tiempo, así como la deformación debida a la memoria”.

Sin embargo, por el retrato tanto físico como moral que hace de sus maestros, al igual que por el desenfado y la viveza con que relata algunas anécdotas de la vida estudiantil, que conservan el sello insospechable de la realidad vivida, no inventada ni embellecida por



afanes de vanagloria, vale la pena transcribir algunos párrafos reveladores que este olvidado cronista legó para la posteridad.

SEMBLANZAS DE MAESTROS

En el transcurso de sus años formativos, José Remedios Colón recibió lecciones de algunos de los más legendarios maestros institutenses. Algunos de ellos habían ingresado hacia 1870 en calidad de alumnos municipales, como es el caso de Agustín González (de Tlalnepantla), Anselmo Camacho (de Lerma), Silviano Enríquez (de Villa del Carbón) y Enrique Trejo (de Tepotzotlán), quienes más tarde se integraron a la planta docente del propio establecimiento. Otros, por ejemplo los poetas Juan B. Garza y el malogrado José María Bustillos, gozaban de amplio prestigio en los círculos literarios de la capital del país. Veamos cómo los describe, casi sesenta años después de haber asistido a sus cursos, quien fue su discípulo:

AGUSTÍN GONZÁLEZ. "Tengo presente la fisonomía del sabio pedagogo y Director de la Escuela Normal. De estatura menor que regular, algo xifótico, de tez ligeramente morena, de constitución regular, bigote corto y bien cuidado, así como su peinado; vestía con suma pulcritud y era de trato fino y correcto. Con él podía uno platicar durante horas sin sentir cansancio, porque su conversación era amena, salpicada de chistes y adornada con anécdotas de hombres célebres.

"Todas las mañanas a las ocho en punto, principiaba sus clases y sentado en una silla puesta en una plataforma elevada dominaba al grupo de educandos y mantenía una disciplina paternal. Su método, claridad, ponderación y sabiduría eran las características de sus clases. Y era difícil que algún alumno dejara de comprenderlas. Los jueves de cada semana por las tardes se dedicaba a dar cátedra de Historia Patria, y cuando llegaba la hora, los alumnos casi se atropellaban para ocupar algún sitio cerca del maestro a fin de oírlo mejor. Ningún ruido se oía en el extenso salón que medía más de treinta metros de largo ni nadie se atrevía a interrumpirlo mientras hablaba. Vestido de Jaquet de casimir francés, excesivamente limpio, se ponía de frente a sus alumnos y con la sonrisa en los labios refería el tema de su cátedra, haciendo ligeras pausas para fumar un riquísimo cigarro que lo prendía en unas tenazas de plata. Con palabra fácil y elocuente, mímica correcta, memoria privilegiada y de voz sonora, imprimía tal vida a los hechos históricos, que parecía que los alumnos presenciaban las batallas que se libraron en el suelo de la Patria Mexicana. Risas, gritos, vivas estruendosos, golpes en las papeleras y aplausos hasta el delirio cerraban con broche de oro aquellas clases memorables. Cuando los alumnos salían del salón levantaban los puños como si fueran a combatir contra los enemigos de México. Qué decir de las batallas de Marengo, Austerlitz, Jena, Egipto y Waterloo, cuando el inimitable maestro nos conducía con su ardiente palabra al teatro de las guerras sangrientas donde se cubrieron de gloria los soldados encabezados por Napoleón I. Es seguro que ninguno de mis compañeros que sobreviven ha olvidado las famosas clases de Historia". (*El Sol de Toluca*, 03-02-52)

ANSELMO CAMACHO. "Minutos antes de las ocho de la mañana mis compañeros y yo formábamos valla cerca de la puerta para esperar al maestro Camacho. Envuelto en una cobija gris, de traje de casimir del país, con sombrero de anchas alas, y a paso lento, aparecía la figura austera del catedrático. Era de complexión fuerte, de estatura regular y con cicatrices muy visibles de viruelas en la cara. Una ligera inclinación de cabeza hacía para saludar y luego se instalaba frente a una mesa tosca para pasar lista. Antes de principiar la clase se



Anselmo Camacho.



Juan B. Garza.

ponía otro par de anteojos sobre los que ordinariamente usaba. Nadie hacía ruido, un estremecimiento de angustia sobrecogía a todos por temor de pasar al pizarrón y el silencio se interrumpía sólo con el ruido del papel y lápiz que todos llevaban. Si, desgraciadamente, el alumno se “atarantaba” o se “iba de panza” (porque no había preparado la clase) entonces el maestro alzaba la voz e increpaba al estudiante por su flojera, le recordaba que engañaba a sus padres o a su pueblo que lo había mandado a estudiar inútilmente. El alumno calladamente se limpiaba los ojos o guardaba silencio. El sistema era inflexible, pero a la larga provocaba una reacción en el ánimo y entonces se esforzaban mis compañeros, por evitar más sinsabores [...]

“Detestaba de todo corazón todo lo que fuera yankee, porque como gran mexicano sentía punzante en su alma el recuerdo de que nuestra querida patria hubiera perdido un gran jirón de su suelo por la codicia del americano. Por eso jamás quiso usar sombrero, ni ropa, ni zapatos del Norte, pues se afrentaba de llevar esos artículos. En su hogar siempre estaba dedicado al estudio, y cuando salía a la calle caminaba siempre solo.” (*El Sol de Toluca*, 13-04-52).

ENRIQUE TREJO. “Alto, moreno, de semblante serio, de recia constitución, usaba patillas cortas y bigotes ligeramente hirsutos. Vestía usualmente un traje gris muy limpio, se tocaba con bombín y caminaba recto y a compás como un péndulo. Disponía el Reglamento del Instituto que los profesores deberían estar quince minutos antes de la hora de cátedra, firmar un libro de asistencia en la Prefectura y entrar a su clase con puntualidad. El maestro Trejo aparecía en el corredor del antiguo patio a las siete y cuarenta y cinco de la mañana, entraba a firmar el libro y luego se sentaba en una tosca banca a fumar un cigarro, mientras sonaban las ocho de la mañana. Tres minutos antes se ponía en pie, y cuando el portero Porfirio Pérez tocaba la histórica campanilla que tantas añoranzas encerraba, el maestro



mecánicamente se quitaba el sombrero en la puerta de la clase de Física, saludaba a los alumnos y pasaba lista. El señor Trejo jamás cruzaba los miembros para estar cómodamente sentado, nunca fumaba durante la clase y permanecía inmóvil en su asiento. Los alumnos ocupaban sus asientos forrados de hule que tenían la forma de un anfiteatro y frente a ellos se alzaba un gran pizarrón. Con toda gravedad llamaba al alumno para pedir la clase que le obligaba a comer camote, y el maestro como una esfinge lo escuchaba y luego le corregía en forma precisa sin admitir al discípulo una palabra más, ni perdonarle una palabra menos. Generalmente el diálogo entre el maestro y el alumno se entablaba así: ¿Qué es una balanza? El compañero contestaba a su modo y el maestro decía: 'No'. Replicaba el alumno y el señor Trejo le respondía: 'Tampoco'. Otra respuesta del alumno y el señor Trejo sin perder su serenidad contestaba: 'mucho menos' [...] Entonces con impaciencia contestaba el interpelado: 'No sé, maestro'. El señor Trejo añadía algún adjetivo para completar la definición. Cuando el portero Pérez daba las nueve, concluía la clase". (*El Sol de Toluca*, 08-06-52).

JUAN B. GARZA. "Un poco después de las ocho de la mañana se presentaba en la Prefectura a firmar el libro de asistencia, encendía su cigarrillo que fumaba con displicencia y, después paso a paso, como un guerrero de la escuela Prusiana llegaba a la puerta de la cátedra, donde sus alumnos lo esperaban con ansiedad para oírlo hablar. Con los ojitos encapotados y un poco irritados, de gran constitución, con el pelo revuelto, el bigote entrecano y algo amarillento por el tabaco, con pocos dientes, y por eso emitía la voz un poco silbante, así, siempre amable y risueño ocupaba su cátedra. Pasaba lista y, apoyando el brazo derecho sobre la mesa, colocaba la mano cerca de la oreja del mismo lado (era algo sordo), y decía, a ver usted, qué opina del silogismo. El alumno recitaba lo que había estudiado en la Lógica de Alejandro Bain; y el maestro la oía sin hacer ningún signo de aprobación o de disgusto. Una vez que el compañero concluía, hablaba el maestro, con lucidez y profundidad; de sus labios brotaban como agua cristalina sus palabras, ora poéticas, ora líricas, períodos que nos entusiasmaban hasta el delirio y otras que nos sacaban del error en que vivíamos. Nunca criticó a determinada religión; pero nos daba a entender que no existía una firme cuando había muchas religiones en el mundo. Se permitía por vía de complemento referirnos algunos conflictos entre la religión que profesa la mayoría de nuestra Nación, y los principios de la ciencia, y de ahí partían conclusiones admirables. Algunos compañeros se volvieron algo escépticos. Cuando concluía lo despedíamos con aplausos y podíamos afirmar que sus clases eran unos verdaderos torneos de oratoria. Después el maestro cogía su bombón y como si saliera de una representación dramática, lo acompañábamos hasta la escalera." (*El Sol de Toluca*, 29-06-52).

JOSÉ MARÍA BUSTILLOS. "Una mañana, mientras leía *El Imparcial*, que traía la noticia del incendio de un cajón de ropa en Toluca, se me acercó un caballero de mediana estatura, y tocándome la espalda me saludó y me condujo a su despacho. Era el poeta José María Bustillos, pulcramente vestido, de facciones delicadas, de mirada dura y de semblante noble que revelaba desde luego una finísima educación. Apenas habíamos tomado asiento, cuando llegó el señor José Sánchez Correa, corresponsal que había transmitido la noticia del incendio, que él mismo leyó en voz alta, y cuando concluyó, el culto poeta hizo una crítica tan atinada y correcta del párrafo reporteril, que me hizo comprender dos cosas: que era de pluma brillante y hablaba con positiva corrección. Correa se retiró 'tostado'. Desde entonces, sin que esto indique de mi parte ser una autoridad en la materia, lo estimé y más todavía, cuando por indicación suya tomábamos los alimentos en una modernísima [sic]

fonda [...] situada en el costado poniente del Mercado Antiguo. En medio de la clase más humilde nos sentábamos a comer y me decía que le llenaba de angustia ver que la clase desheredada careciera de pan y abrigo y sabe Dios cuántos años pasarían antes de salir de la ignorancia. Por las noches, lo acompañaba una o dos horas en la Biblioteca y ahí me recitaba con gran sentimiento y amor sus composiciones. Alguna vez se me anudó la garganta cuando recitó la conocida poesía 'El carpintero'. Porque despertó en mí el recuerdo de mi pobreza. El amable poeta ocupaba un departamento anexo a la biblioteca y sólo tenía como muebles los más indispensables para él, ya que no tenía arrestos de orgullo, pues se notaba muy resignado con su modestísima situación, no obstante contar con el afecto sin límites y protección del señor general José Vicente Villada. Además del empleo de Director de la biblioteca, tenía a su cargo la cátedra de recitación en el Instituto y en la Escuela Normal para Profesoras, era muy querido y respetado. Sin aspavientos entraba a la clase, saludaba con fineza a los educandos y después leía composiciones suyas o de otros autores en medio de la expectación de sus alumnos, quienes lo aplaudían con gran calor." (*El Sol de Toluca*, 24-02-52).

TRADICIONES Y RITOS

Inicio y final de cursos estaban señalados desde tiempo inmemorial por ceremonias que el licenciado Colón relataba con lujo de detalles, según es posible advertir en los siguientes párrafos:

"En el Instituto había tres salones para dormitorio de los alumnos internos, que se extendían desde el local que ocupa hoy la Secretaría del Instituto, continuaba por todo lo largo de lo que fue Historia Natural y Biblioteca, y concluía hasta donde hoy está la prefectura. Abarcaban, pues, los tres salones de la parte alta del antiguo patio. Los alumnos internos contaban con catres, burós y cómodas para guardar su ropa y útiles escolares. En cada dormitorio había dos faroles de petróleo para alumbrar en las noches y, para guardar el orden, la Prefectura nombraba un jefe, que generalmente era un alumno serio y fuerte.

"El Instituto Científico y Literario gozaba de gran fama por la disciplina, trabajo y cuerpo de profesores, y por eso acudían jóvenes de Guerrero, Morelos, México, Hidalgo y Sonora. Al llegar algún joven como alumno interno era preciso bautizarlo, poniéndole un apodo de acuerdo con su fisonomía. Al efecto, Pablo Ramírez, del pueblo de San Andrés Jaltenco, Distrito de Zumpango, oficiaba como 'Ministro' sui-géneris. Ramírez era un joven como de veintidós años de edad, de fuerte constitución y de mediana altura, de color moreno, bigote y barba rasurados, y se distinguía en el plantel por su fuerza, pues era un gimnasta de primer orden. Jamás hacía alarde de sus puños; pero en las clases de gimnasia se lucía en las paralelas, argollas, trampolín, peine y cables. Era muy apacible, risueño y de palabras pausadas. Luego que pasaba la noche algún alumno recién llegado, era invitado al día siguiente a recibir las aguas bautismales. Sin resistencia bajaba acompañado de muchos alumnos a la fuente que aún existe en el antiguo patio. Dos alumnos lo inclinaban en la fuente y Pablito Ramírez con toda gravedad hacía la señal de la cruz, vertía agua con una jarra en la cabeza del novato y concluía por ponerle el sobrenombre, que de antemano se había escogido. Esa ceremonia era en cierto modo tolerada por los mismos prefectos, puesto que no se ejercía ninguna violencia contra el recién llegado. Más tarde, Ramírez optó por la carrera eclesiástica al igual que Elías Domínguez, del mismo pueblo de San Andrés Jaltenco.





Laboratorio de Física del antiguo Instituto.

“Aparte del ‘Bautizo’ había otro hábito no menos memorable entre los alumnos internos, el cual era grabar en las paredes, en el brocal de la fuente, en algún rincón de la escalera o en las papeleras, la fecha y nombre del alumno o sus iniciales, que recordaran algún acontecimiento que se unía a la actividad del alumno. Cuántas veces también en el tronco de algún árbol se ponían las iniciales del alumno que se alejaba para siempre del Instituto para ir en busca de horizontes verdaderamente reales y positivos”. (*El Sol de Toluca*, 16-03-52).

SUSTOS Y QUEBRANTOS

La vida en el Instituto no estaba exenta de sinsabores y apremios, como podrá advertirse en las siguientes tres anécdotas:

“En los últimos años del siglo pasado existía un hermoso jardín cuidadosamente cultivado en el lado Oriente del plantel, donde había praditos, nomeolvides, rosas, corpulentos eucaliptos y plantas trepadoras que cubrían las paredes que circundaban el jardín. En el extremo Sur del jardín estaba un tanque donde se bañaban los alumnos y junto a él un árbol de mora cubierto de follaje en toda época del año. En la actualidad ese árbol está casi muerto, pues su tronco y ramas constituyen un triste esqueleto que el tiempo ha respetado dejándolo todavía en pie. El jardín era el sitio predilecto de los alumnos internos para jugar después del refectorio. Una tarde, mi compañero Ernesto Casas, a quien los internos le decían ‘La Calaca’, porque era muy delgado, subió a la mora para cortar unos racimos de fruta. Apenas se había acomodado, montándose en una rama para alargar la mano y coger un racimo, cuando otro compañero que estaba a un lado del tanque de agua, advirtió que arrojaba espuma por la boca y se inclinaba suavemente sobre otra rama. El observador exclamó: ‘La Calaca se acaba de atacar’. Entonces un tercer alumno, que era casi un atleta,





Antiguo Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz".

rápidamente escaló el árbol, mientras los que estaban abajo subieron al brocal del tanque para recibirlo en caso de caerse; el momento era angustiioso y cuando aquél estuvo cerca de Ernesto Casas, lo cogió del cinturón, y así lo tuvo; entre tanto otro alumno que también había subido, lo ayudó a bajar con todo cuidado. Casas estaba inconsciente y con la vista extraviada. Todos los compañeros lo llevaron a la enfermería, donde el 'tío' Claudio Segura (de Temascaltepec), alumno interno del Instituto que atendía a los enfermos, le ministró algo que no recuerdo. Casas recobró el conocimiento una hora después.

"Por el año de 1891, si mal no recuerdo, se contaba entre los alumnos internos a la hora de la cena, que alguien había visto aparecer en el espacio un cometa, como a las dos o tres de la mañana, y casi todos convinieron en observarlo. Muchos se acostaron sin despojarse de la ropa. No tengo bien presente si Jesús Olmedo (a) 'El Brujo', hermano del profesor Cristóbal Olmedo, que se ocupaba de encender los faroles de petróleo en los corredores, o algún mozo, dio el grito de que ya había salido el cometa. Al oír esto se escucharon golpes de puertas, empujones y pasos por una pequeña escalera que conducía a la azotea del Instituto. La noche estaba completamente oscura y los alumnos casi a tientas caminaban por la azotea. En medio de la obscuridad formaban grupos aislados los alumnos, cuando uno dijo: 'ya se cayó Adrián Maya'. Efectivamente ese alumno, que fue tutorado del prefecto señor Camilo Islas García, se orilló tanto a la azotea que se precipitó al vacío, cayendo de una altura como de quince metros al callejón que estaba cubierto de plantas de ortiguilla y flor de saúco. Con la misma rapidez bajaron los alumnos hasta llegar a la portería con vista a la casa número 85 de la avenida Juárez; despertaron a Ruperto Valdespino para que abriera la puerta y, ya libres, corrieron al sitio donde había caído Maya. Éste fue recogido entre las hierbas sin más lesión que una luxación del pie izquierdo. Una cobija gruesa que le servía de abrigo lo salvó de un fuerte golpe, porque al caerse abrió los brazos sin soltar el sarape y



así amortiguó el golpe. Sus compañeros lo levantaron y lo llevaron a la enfermería, donde el 'tío' Claudio Segura le hizo la primera curación.

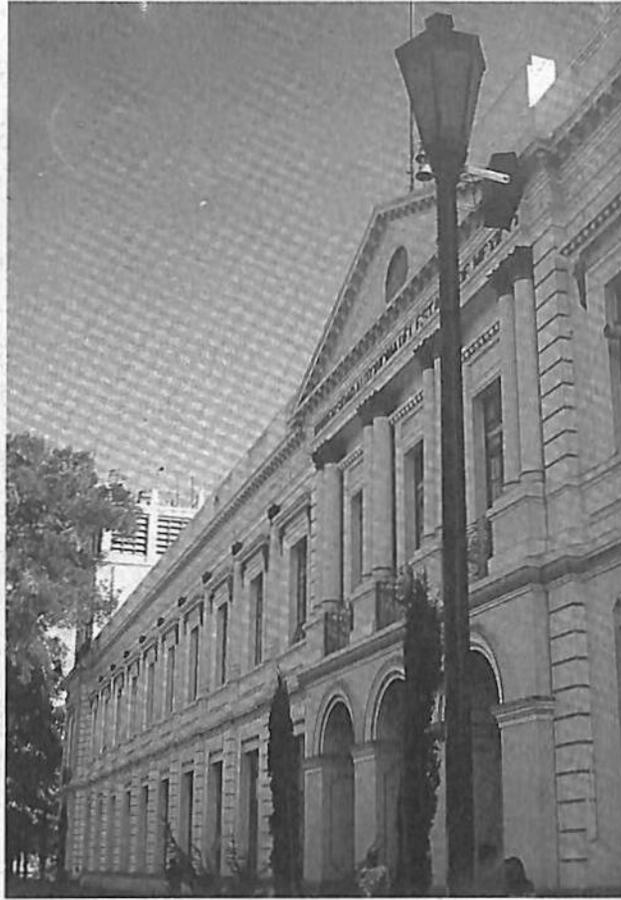
"Andrés Reyes, compañero mío de clase, recibió en el mes de septiembre de 1891, procedente de Almoloya de Alquisiras, distrito de Sultepec, un chiquihuite de fruta que me parecían guayabas y chirimoyas, que le enviaba su familia. Reyes, con todo celo, guardó la carga debajo de su cama y él solo comía diariamente esa fruta. Tres días después cayó en cama y más tarde falleció a consecuencia de una fiebre intestinal. Todos sus compañeros lo sintieron y el día de su sepelio asistieron con amargo dolor al panteón. Sus padres, inconsolables, que vinieron de Almoloya, estuvieron también presentes." (*El Sol de Toluca*, 02-03-52).

EL "CAMPO DE HONOR"

Tampoco se podía evitar que en un establecimiento donde concurría tal cantidad de jóvenes, de tan diversos orígenes y procedencias, dejase de haber enemistades y pendencias, que algunas veces llegaban al enfrentamiento físico, dirimido en dos sitios designados para esta clase de duelos, es decir: "El Hoyo" y "El Arco". Lo verdaderamente curioso es que no sólo los estudiantes resolvían de esta manera sus diferencias, sino que incluso algunos distinguidos catedráticos también lo hacían, según la anécdota que le tocó presenciar al licenciado Colón.

"Veamos ahora qué era El Hoyo como campo de honor. Hay una tradición de que una cola de agua cayó a un lado del Instituto con tal fuerza, que taladró el suelo y se llevó una buena cantidad de tierra; así se formó el hoyo donde después se hacían adobes para el Instituto. En tiempo de lluvias fluía el agua en aquel pozanco y de ahí se creaba una buena cantidad de sapos y atepocates que constituían las delicias de los alumnos. Hoy ha desaparecido para convertirse en un modesto parque en cuyo centro se alza la estatua del gran Bolívar. En invierno desaparecían los animalejos y entonces era un depósito de basura y de inmundicias. Pues bien, este sitio era el escogido para golpearse los alumnos. En cuanto se sabía que dos compañeros se habían desafiado y que pronto se verían en el hoyo después de clase, varios alumnos corrían a ese lugar para hacer rueda como si fuera un palenque de gallos. Llegaban los duelistas, ponían en el suelo sus libros, su saco y sombrero; y sin más palabras que recordar las ofensas, se daban de puñetazos hasta sacarse el 'mole', con lo que se daba por terminado el pleito. Si se observaba que no había proporción entre los combatientes, entonces algún alumno decía: 'yo saco la cara por él'. Los espectadores no aplaudían, sino comentaban entre sí la victoria.

"El Arco era otro campo de honor. En el camino que conduce al pueblo de San Felipe Tlalmimilolpan, a extramuros de Toluca, existe un arco de adobe que ha resistido toda clase de inclemencias, pues no ha perdido su forma y sí los recuerdos que algunos alumnos grabaron en los adobes. A la entrada hay un llanito por donde cruzaba un camino rumbo a la hacienda de Panzacola. Ese llanito era el escogido para pelearse los alumnos, y para evitar espectadores o bien para huir de la mirada del 'tecolote'. A propósito de ese segundo campo de honor, voy a referir un duelo de verdad que iba a causar un escándalo en la ciudad de Toluca. Una tarde, el señor don Camilo Islas García, prefecto del Instituto, y yo, estudiábamos en la 'era' del Ranchito del señor don Filómeno Díaz, que estaba a la vera del plantel, cuando, en medio de nuestra discusión sobre temas de Derecho, pues los dos preparábamos el examen recepcional de abogado, escuchamos voces injuriosas. Descubrimos que por el



camino que conduce al arco, caminaba don Aurelio J. Venegas y el profesor Antonio Albarrán, uno distante del otro y apoyando cada quien su mano derecha en la cintura. Ellos no advirtieron nuestra presencia, pero nosotros sí los vimos bien. El señor Islas García pensó desde luego que Venegas y Albarrán iban a batirse. El primero era bien conocido en la ciudad de Toluca como un hombre correcto y culto, su físico lo recomendaba al primer golpe de vista. El Instituto y la Cámara de Diputados local le deben unas memorias que escribió acerca de la historia de ambas instituciones. En el año de 1907 desempeñó el cargo de Director de la Biblioteca. El señor Albarrán era entonces Director de Educación Pública y revelaba también buena ilustración. Una vez que los dejamos avanzar, suspendimos nuestra tarea y tras ellos marchamos. Era tal el coraje y la precipitación de ellos por llegar al arco, que no se fijaron en nosotros. El señor Lic. Islas García era alto y bastante fuerte y yo era un pigmeo a su lado. Decidió él enfrentarse al señor Venegas y yo al señor Albarrán. Cuando los dos duelistas llegaban al arco, corrimos y con toda cortesía y entereza nos interpusimos entre ellos. Cada quien portaba una pistola y al ser sorprendidos tuvieron que someterse a nuestra voluntad, pues ellos eran nuestros amigos y les dimos a entender que no nos importaba averiguar la causa del duelo sino impedirlo a toda costa. Por fortuna, los dos se serenaron y cada quien retornó a la ciudad; yo conducía al señor Albarrán y el señor Islas García al señor Venegas". (*El Sol de Toluca*, 11-05-52).

Hasta aquí la muy breve selección de textos que hemos espigado de las memorias de un viejo institutense. Ojalá que la celebración por los 175 años del ilustre plantel, fuese ocasión





Patio poniente del Instituto, un día de clases.

para el rescate y la publicación de los apuntes que el licenciado José Remedios Colón, entregó a la Sección Dominical de RAPE, con el fin de que no se perdiera el recuerdo de lo que era el ambiente estudiantil en aquellos tiempos, hoy tan lejanos, en que gobernaba el estado don José Vicente Villada y el doctor Juan Rodríguez se hallaba al frente del Instituto Científico y Literario. 

Fotografías de José R. Colón y Ramón Pérez, tomadas de *El Heraldo de Toluca*, 27-11-55 y 22-01-56.

Fotografías de Anselmo Camacho y Juan B. Garza proceden de *Rotonda de los Hombres Ilustres del Estado de México*, GEM, 1974.

Fotografías: Gabinete de Física, Antiguo Instituto Científico y Literario y Patio poniente del Instituto un día de clases tomadas de *El Ayer de Toluca*, GEM, 1991.

